La formación de la clase obrera en Inglaterra

E. P. Thompson

Prólogo de
Antoni Domènech

Prefacio de
Eric Hobsbawm

colección
Entrelíneas

Capitán Swing

Título original:
The Making of the English Working Class
(1963, 2ª ed. 1980)

Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
contacto@capitanswinglibros.com
www.capitanswinglibros.com

Filo Estudio
www.filoestudio.com

Corrección ortotipográfica: Carlos Valdés

Primera edición en Capitán Swing:
Septiembre 2012

Impreso en España / Printed in Spain
GRACEL - Alcobendas (Madrid)

ISBN: 978-84-940279-3-2
Depósito Legal: M-30109-2012
Código BIC: FV



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

Índice

Prólogo....9
(Antoni Domènech)

Prefacio: Obituario para E. P. Thompson....19
(Eric Hobsbawm)

La formación de la clase obrera en Inglaterra

Prefacio....27

Prefacio a la edición de 1980....33

Primera parte: El árbol de la libertad

01. Innumerables miembros....39

02. El cristiano y Lucifer....48

03. «Los baluartes de Satán»....77

04. El inglés libre por nacimiento....101

05. Plantar el árbol de la libertad....127

Segunda parte:
La maldición de Adán

06. Explotación ... 215

07. Los trabajadores del campo ... 239

08. Artesanos y otros ... 264

09. Los tejedores ... 301

10. Niveles de vida y experiencias ... 349

i. Los bienes ... 349
ii. Las viviendas ... 354
iii. La vida ... 358
iv. La infancia ... 368

11. El poder transformador de la Cruz ... 387

i. La maquinaria moral ... 387
ii. El milenarismo de la desesperación ... 412

12. Comunidad ... 441

i. Tiempo libre y relaciones personales ... 441
ii. Los rituales de la solidaridad ... 456
iii. Los irlandeses ... 468
iv. Miríadas de la eternidad ... 483

Tercera parte:
La presencia de la clase obrera

13. El Westminster radical ... 491

14. Un ejército de reparadores ... 514

i. La Linterna Negra ... 514
ii. La sociedad opaca ... 526

iii. Las leyes contra la asociación 539
iv. Tundidores y calceteros 564
v. Los muchachos de Sherwood 597
vi. En nombre del oficio 621

15. Demagogos y mártires 650

i. Descontento 650
ii. Problemas de dirección 655
iii. Los clubes Hampden 679
iv. Brandreth y Oliver 697
v. Peterloo 719
vi. La conspiración de la calle Cato 750

16. La conciencia de clase 761

i. La cultura radical 761
ii. William Cobbett 797
iii. Carlile, Wade y Gast 813
iv. El owenismo 831
v. «Una especie de máquina» 859

Post Scriptum 887

Nota bibliográfica 913

Agradecimientos 917

Glosario inglés 919

Prefacio

Obituario para E.P. Thompson[1]

Eric Hobsbawm

[1] Tomado de *Radical History Review*, invierno de 1994. Traducción de Lligany Lomelí

Es probable que E. P. Thompson, historiador, socialista, poeta, militante, orador, escritor —en su época— de la mejor prosa polémica de este siglo, hubiera deseado que se le recordara como lo primero. Y de hecho, cuando sus diversas campañas se hayan olvidado, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* y varias de sus otras obras se seguirán leyendo con admiración y emoción.

Como historiador y personaje público, Edward Thompson se elevó como un cohete. *La formación de la clase obrera...*, publicado en 1963 y escrito por un maestro de escuela para adultos virtualmente desconocido fuera de los estrechos círculos de la vieja y nueva izquierda intelectual, fue reconocido de inmediato como un clásico y se volvió en efecto el libro de historia de mayor influencia en las radicales décadas inglesas de los años sesenta y setenta. Y no sólo entre los radicales. En el decenio de los ochenta, Thompson fue el historiador contemporáneo más ampliamente citado en el mundo, según el *Arts and Humanities Citation Index*, y uno de los doscientos cincuenta autores citados con mayor frecuencia de todos los tiempos. Cuando en la década de los ochenta Thompson se involucró en las campañas en favor del desarme nuclear, se elevó casi instantáneamente a una posición similar a la que ocupaba —en una época anterior del movimiento— Bertrand Russell. De no ser por el aislamiento de la izquierda marxista, el don de distinción que Thompson poseía se hubiera reconocido más amplia y rápidamente. En 1956 fue —junto con John Saville— dirigente principalísimo del Partido Comunista, del que era miembro fiel desde tiempo atrás, y el cual se opuso públicamente al estalinismo.

Las hadas madrinas que mecieron la cuna de Edward Thompson —si la metáfora se adecua al hijo de unos graves misioneros metodistas angloamericanos, liberales y antimperialistas de toda la vida— le llevaron muchos regalos: un intelecto poderoso aliado a la intuición de un poeta, elocuencia, gentileza, encanto, presencia, una voz maravillosa, una buena apariencia dramática que con los años encaneció y se volvió más áspera, y carisma o «calidad de estrella» a montones.

Lo único que las hadas le negaron a Thompson fue la capacidad de editarse a sí mismo —escribía invariablemente más de lo que era su intención— y la habilidad para planear su vida —a excepción de

su matrimonio a temprana edad con su compañera y colega historiadora, Dorothy. Siguió un curso rodante e intuitivo, moviéndose con los vientos y las corrientes de la experiencia privada y política, o una combinación de ambas. Por lo tanto, el trabajo historiográfico de Thompson se vio interrumpido por su sensación de aislamiento, en tanto hombre de la izquierda, de las diversas «nuevas izquierdas» de los años sesenta y setenta, y además por sus años como militante antinuclear. Pasaba el tiempo y Thompson parecía suspender otra vez el curso enormemente prometedor de la investigación para perseguir otra presa intelectual. Su obra sobre la historia social de la Inglaterra preindustrial, que a principios de la década de los setenta comenzó a transformar con algunas monografías profundas, produjo eventualmente el volumen *Customs in Common* (1991), que publicó la editorial Penguin en una edición rústica durante sus últimas semanas de vida. Su libro sobre William Blake —al que, junto con Vico, Marx y William Morris, Thompson consideraba entre sus antecesores— está por publicarse en un futuro cercano.[1]

Conforme Thompson se hizo viejo, las fronteras entre la historia general y la autobiografía se volvieron borrosas, de tal forma que a veces se sintió tentado a dejar a un lado sus investigaciones históricas para averiguar algún aspecto sobre la familia Thompson, pues él mismo sabía que estaba profundamente marcado por sus orígenes, no menos que por su relación en vida y póstuma con su hermano Frank, mayor que él, supuestamente más brillante y, ciertamente, más favorecido. Frank le precedió en el Partido Comunista y murió asesinado a los 21 años mientras trabajaba con el Consejo de Operaciones Especiales en la república búlgara, donde ganó un reconocimiento modesto como héroe del pueblo de Bulgaria. La tradición y la lealtad, dentro y fuera de la familia, fueron importantes para Edward Thompson.

Thompson escribía sobre historia o cualquier otra cosa al modo de un caballero rural inglés —no británico— de la izquierda radical. Este papel, aunque poco convincente, iba bien con la profundidad de su inmersión en la historia de su gente y su Constitución, y la pasión de su apego a los hombres y mujeres del pasado por los que tanto hizo, en su propia y magnífica frase, «para rescatar [...] de la enorme condescendencia de la posteridad».

La primera obra de gran aliento de Thompson fue su biografía sobre William Morris (1955, corregida en 1977). Sus publicaciones historiográficas más importantes después de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, publicadas principalmente en la década de los setenta, se ocuparon del siglo XVIII. *Whigs and Hunters* y *Albion's*

[1] Así fue, el libro se publicó a los pocos meses: *Witness Against the Beast: William Blake and the Moral Law*, Cambridge University Press, 1993. *(N. del E.)*

Fatal Tree (del que fue coautor) aparecieron como libros en una versión alemana, al igual que una antología de sus brillantes artículos, tan influyentes. Una antología más elaborada en inglés apareció bajo el título de *Customs in Common*. La influencia internacional de Thompson creció después de 1969, cuando se unió al consejo editorial de la revista *Past and Present*, y cuando empezó a participar en las Mesas Redondas internacionales sobre historia social organizadas —en gran parte a su alrededor— bajo los auspicios de la Maison des Sciences de l'Homme en París. En 1978 apareció su principal obra teórica, *Miseria de la teoría*, construida alrededor de críticas tanto al último Louis Althusser —entonces muy influyente— como a algunas tesis propuestas por Anderson y Narin en la *New Left Review*.

En la obra de Thompson se combinan pasión e intelecto, los dones del poeta, del narrador y del analista. Es el único historiador que he conocido que tenía no sólo talento, inteligencia, erudición y el don de la escritura, sino la capacidad para producir algo cualitativamente diferente de lo que el resto de nosotros producíamos, aunque no se trata de medir con la misma vara. Llamémosle simplemente genio, en el sentido tradicional de la palabra. Ninguna de sus obras de madurez las pudo haber escrito otro. Por tal razón, sus admiradores le perdonaban muchas cosas, incluso sus cambiantes estados de ánimo, su relación poco clara con organizaciones y miembros de éstas, y una eventual cualidad atolondrada de su poderoso e imaginativo intelecto al incursionar en la teoría. Sus amigos le perdonaban todo.

En 1956, después de su ruptura con el Partido Comunista, Thompson permaneció esencialmente como un lobo solitario de la izquierda, y como alguien de quien emanaba algún consuelo debido a no llevar las insignias del *establishment*, algunas de las cuales le fueron negadas injustamente. Durante poco tiempo, Thompson dio clases en una universidad británica, pero después de eso vivió como un académico independiente, impartiendo clases ocasionales en universidades extranjeras, escribiendo historia, teoría, polémica política, por no mencionar la poesía y por lo menos una novela de ciencia ficción, *The Sykaos Papers* (1988). Y cuando no militaba, hacía jardinería en Worcestershire. Thompson falleció después de una prolongada enfermedad. Igualmente memorable como escritor que como hombre público y privado, dejó una huella profunda en todos los que le conocieron y en la mayoría de los que le leyeron.

Su muerte nos deja afligidos. No se puede calcular aún la pérdida para la vida intelectual, la historia y la izquierda británicas.

La formación de la clase obrera en Inglaterra

E. P. Thompson

Prefacio

Este libro tiene un título un tanto tosco, pero que cumple su cometido. *Formación*, porque es el estudio de un proceso activo, que debe tanto a la acción como al condicionamiento. La clase obrera no surgió como el sol, en un momento determinado. Estuvo presente en su propia formación.

Clase, en lugar de clases, por razones cuyo examen es uno de los objetivos del libro. Existe, por supuesto, una diferencia. «Clases» es un término descriptivo, que elude tanto como define. Pone en el mismo saco de manera imprecisa un conjunto de fenómenos distintos. Aquí había sastres y allí tejedores, y juntos componían las clases.

Por clase, entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, tanto por lo que se refiere a la materia prima de la experiencia, como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno *histórico*. No veo la clase como una «estructura», ni siquiera como una «categoría», sino como algo que tiene lugar de hecho —y se puede demostrar que ha ocurrido— en las relaciones humanas.

Todavía más, la noción de clase entraña la noción de relación histórica. Como cualquier otra relación, es un proceso fluido que elude el análisis, si intentamos detenerlo en seco en un determinado momento y analizar su estructura. Ni el entramado sociológico mejor engarzado puede darnos una muestra pura de la clase, del mismo modo que no nos puede dar una de la sumisión o del amor. La relación debe estar siempre encarnada en gente real y en un contexto real. Además, no podemos tener dos clases distintas, cada una con una existencia independiente, y luego ponerlas *en* relación la una con la otra. No podemos tener amor sin amantes, ni sumisión sin siervos. Y la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes —heredadas o compartidas—, sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos —y habitualmente opuestos— a los suyos. La

experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está. Podemos ver una cierta *lógica* en las respuestas de grupos laborales similares que tienen experiencias similares, pero no podemos formular ninguna *ley*. La conciencia de clase surge del mismo modo en distintos momentos y lugares, pero nunca surge exactamente de la misma forma.

Hoy en día, existe la tentación, siempre presente, de suponer que la clase es una cosa. Este no fue el sentido que Marx le dio en sus propios escritos de tipo histórico, aunque el error vicia muchos de los recientes escritos «marxistas». Se supone que «ella», la clase obrera, tiene una existencia real, que se puede definir de una forma casi matemática: tantos hombres que se encuentran en una determinada relación con los medios de producción. Una vez asumido esto, es posible deducir qué conciencia de clase debería tener «ella» —pero raras veces tiene—, si fuese debidamente consciente de su propia posición y de sus intereses reales. Hay una superestructura cultural, a través de la cual este reconocimiento empieza a evolucionar de maneras ineficaces. Estos «atrasos» culturales y esas distorsiones son un fastidio, de modo que es fácil pasar desde ésta a alguna teoría de la sustitución: el partido, la secta o el teórico que desvela la conciencia de clase, no tal y como es, sino como debería ser.

Pero en el otro lado de la divisoria ideológica se comete diariamente un error parecido. En cierto sentido, es una simple impugnación. Puesto que la tosca noción de clase que se atribuye a Marx se puede criticar sin dificultad, se da por supuesto que cualquier idea de clase es una construcción teórica perjudicial que se impone a los hechos. Se niega que la clase haya existido alguna vez. De otro modo, y mediante una curiosa inversión, es posible pasar de una visión dinámica de la clase a otra estática. «Ella» —la clase obrera— existe y se puede definir con cierta exactitud como componente de la estructura social. Sin embargo, la conciencia de clase es una mala cosa inventada por intelectuales desplazados, puesto que cualquier cosa que perturbe la coexistencia armoniosa de grupos que representan diferentes «papeles sociales» —y que de ese modo retrasen el desarrollo económico—, se debe lamentar como un «indicio de perturbación injustificado».[1] El problema reside en determinar

[1] Un ejemplo de este enfoque, que abarca el período de este libro, se encuentra en la obra de un colega, el profesor Talcott Parsons: N. J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution*, 1959.

cuál es la mejor forma de que a «ella» se le pueda condicionar para que acepte su papel social y cuál es el mejor modo de «manejar y canalizar» sus quejas.

Si recordamos que la clase es una relación, y no una cosa, no podemos pensar de este modo. «Ella» no existe, ni para tener un interés o una conciencia ideal, ni para yacer como paciente en la mesa de operaciones del ajustador. Ni podemos poner las cosas boca abajo como ha hecho un autor que —en un estudio sobre la clase, que manifiesta una preocupación obsesiva por la metodología hasta el punto de excluir del análisis cualquier situación de clase real en un contexto histórico real— nos informa de lo siguiente:

> Las clases se basan en las diferencias de poder legítimo asociado a ciertas posiciones, es decir, en la estructura de papeles sociales con respecto a sus expectativas de autoridad (...) Un individuo se convierte en miembro de una clase cuando desempeña un papel social relevante desde el punto de vista de la autoridad (...) Pertenece a una clase porque ocupa una posición en una organización social; en suma, la pertenencia de clase se deriva de la posesión de un papel social.[2]

El problema es, por supuesto, cómo este individuo llegó a desempeñar este «papel social» y cómo llegó a existir esa organización social determinada, con sus derechos de propiedad y su estructura de autoridad. Y estos son problemas históricos. Si detenemos la historia en un punto determinado, entonces no hay clases sino simplemente una multitud de individuos con una multitud de experiencias. Pero si observamos a esos hombres a lo largo de un período suficiente de cambio social, observaremos pautas en sus relaciones, sus ideas y sus instituciones. La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, esta es su única definición.

Si he mostrado una comprensión insuficiente de las preocupaciones metodológicas de ciertos sociólogos, espero sin embargo que este libro sea considerado como una contribución a la comprensión de la clase. Porque estoy convencido de que no podemos comprender la clase a menos que la veamos como una formación social y cultural que surge de procesos que sólo pueden estudiarse mientras se resuelven por sí mismos a lo largo de un período histórico considerable. En los años que van entre 1780 y 1832, la mayor parte de la población trabajadora inglesa llegó a sentir una identidad de intereses común a ella misma y frente a sus gobernantes y patronos. Esta clase gobernante estaba muy dividida y de hecho sólo ganó cohesión a lo largo de los mismos años porque

[2] R. Dahrendorf, *Class and Class Conflict in Industrial Society*, 1959, pp. 148-149.

se superaron ciertos antagonismos —o perdieron su importancia relativa— frente a una clase obrera insurgente. De modo que en 1832 la presencia de la clase obrera era el factor más significativo de la vida política británica.

El libro está escrito del siguiente modo. En la Primera parte se estudian las tradiciones populares con continuidad en el siglo XVIII, que tuvieron influencia en la agitación jacobina de la década de 1790. En la Segunda parte se pasa de las influencias subjetivas a las objetivas: las experiencias de grupos de obreros durante la Revolución industrial, que en mi opinión tienen una significación especial. También intento hacer una estimación del carácter de la nueva disciplina del trabajo industrial y la relación que la Iglesia Metodista puede tener con aquella. En la Tercera parte, se recoge la historia del radicalismo plebeyo y se lleva a través del ludismo hasta la época heroica del final de las guerras napoleónicas. Al final, se tratan algunos aspectos de teoría política y de la conciencia de clase en las décadas de 1820 y 1830.

Esta obra es más un conjunto de estudios sobre temas relacionados, que una narración continuada. Al seleccionar estos temas he sido consciente, a veces, de que escribía contra la autoridad de ortodoxias predominantes. Está la ortodoxia fabiana, en la que se considera a la gran mayoría de la población obrera como víctimas pasivas del *laissez faire*, con la excepción de un puñado de organizadores clarividentes: principalmente, Francis Place. Está la ortodoxia de los historiadores de la economía empírica, en la que se considera a los obreros fuerza de trabajo, como inmigrantes o como datos de las series estadísticas. Está la ortodoxia de *El progreso del peregrino*, según la cual el período está salteado por los pioneros-precursores del *Welfare State*, los progenitores de una *Commonwealth* socialista o —más recientemente— los primeros ejemplares de las relaciones industriales racionales. Cada una de estas ortodoxias tiene cierta validez. Todas han añadido algo a nuestro conocimiento. Mi desacuerdo con la primera y la segunda se debe a que tienden a oscurecer la acción de los obreros, el grado en que contribuyeron con esfuerzos conscientes a hacer la historia. Mi desacuerdo con la tercera es que interpreta la historia bajo la luz de las preocupaciones posteriores y no como de hecho ocurrieron. Sólo se recuerda a los victoriosos: en el sentido de aquellos cuyas aspiraciones anticipaban la evolución subsiguiente. Las vías muertas, las causas perdidas y los propios perdedores caen en el olvido.

Trato de rescatar de la enorme prepotencia de la posteridad al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al «obsoleto» tejedor en telar manual, al artesano «utópico» e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott. Es posible que sus oficios artesanales y sus

tradiciones estuviesen muriendo; es posible que su hostilidad hacia el nuevo industrialismo fuese retrógrada; es posible que sus ideales comunitarios fuesen fantasías; es posible que sus conspiraciones insurreccionales fuesen temerarias: pero ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia y, si fueron víctimas de la historia, siguen siendo víctimas, si se condenan sus propias vidas.

Nuestro único criterio no debería ser si las acciones de un hombre están o no justificadas a la luz de la evolución posterior. Al fin y al cabo, nosotros mismos no estamos al final de la evolución social. En algunas de las causas perdidas de las gentes de la Revolución industrial podemos descubrir percepciones de males sociales que tenemos todavía que sanar. Además, la mayor parte del mundo está todavía hoy sufriendo problemas de industrialización y de formación de instituciones democráticas, análogas en muchas formas a nuestra propia experiencia durante la Revolución industrial. Todavía en Asia o en África se podrían ganar causas que se perdieron en Inglaterra.

Finalmente una nota de disculpa para los lectores escoceses y galeses. He omitido estas historias, no por chauvinismo, sino por respeto. Precisamente porque la clase es una formación tanto cultural como económica, he sido cauteloso en cuanto a generalizar más allá de la experiencia inglesa. Por otra parte, he tomado en consideración a los irlandeses, no por su situación en Irlanda, sino como inmigrantes en Inglaterra. La historia de Escocia, en particular, es tan terrible y atormentada como la nuestra. La agitación jacobina en Escocia fue más intensa y más heroica, pero la historia escocesa es sensiblemente diferente. El calvinismo no era lo mismo que el metodismo, aunque es difícil decir cuál era peor a principios del siglo XIX. En Inglaterra no teníamos un campesinado comparable a los emigrantes de las Highlands y la cultura popular era muy distinta. Es posible, al menos hasta la década de 1820, considerar que las experiencias inglesa y escocesa son algo distinto, puesto que los vínculos de tipo sindical y político eran pasajeros e inmaduros.

Este libro se escribió en Yorkshire y a veces está ilustrado con fuentes del West Riding. Mis más efusivos agradecimientos son para la Universidad de Leeds y para el profesor S.G. Raybould por permitirme, hace algunos años, iniciar la investigación que ha dado lugar a este libro; y a los administradores del Leverhulme Trust por la concesión de una beca de investigación que me ha permitido completar el trabajo. También he aprendido mucho de los que participaban en mis clases seminarios, con quienes he

discutido muchos de los temas que aquí se tratan. También merecen mis agradecimientos los autores que me han permitido citar fuentes manuscritas y con derechos de autor; los agradecimientos particulares se encuentran al final de la primera edición del libro. Tengo que dar también las gracias a muchos otros. Christopher Hill, el profesor Asa Briggs y John Saville criticaron partes del libro cuando aún era un borrador, aunque no son responsables en modo alguno de mis opiniones. R. W. Harris mostró una gran paciencia editorial cuando el libro sobrepasó el límite de páginas de la colección para la que había sido encargado en un primer momento. Perry Anderson, Denis Butt, Richard Cobb, Henry Collins, Derrick Crossley, Tim Enright, el doctor E. P. Hennock, Rex Russell, el doctor John Rex, el doctor E. Sigsworth y H. O. E. Swift me han ayudado en diferentes aspectos. Y también tengo que dar las gracias a Dorothy Thompson, historiadora con quien estoy relacionado por el accidente del matrimonio. He discutido cada uno de los capítulos con ella y he estado en situación inmejorable para tomar prestadas no sólo sus ideas, sino material de sus cuadernos de notas. Su colaboración no se encuentra en este o aquel aspecto particular, sino en la forma en que se ha enfocado todo el problema.

Halifax, agosto de 1963

Prefacio a la edición de 1980

Cuando Víctor Gollancz Ltd. y yo firmamos un contrato, en agosto de 1959, era para realizar un libro sobre la «Política de la clase obrera, 1790-1921», que iba a tener «aproximadamente 60.000 palabras de extensión». Este es, supongo, el primer capítulo de aquel libro, y estoy agradecido a los editores porque recibieron mi voluminoso y desaliñado manuscrito con buen humor y de forma alentadora. Si miro hacia atrás, me quedo perplejo al darme cuenta de cuándo y cómo se escribió este libro, puesto que en los años 1959-1962 estaba también profundamente implicado en el trabajo de la primera Nueva Izquierda, la Campaña en favor del Desarme Nuclear, etc. Escribir esta obra sólo fue posible porque alguna parte de la investigación ya se había realizado durante los diez años anteriores, mientras trabajaba dando clases particulares a grupos reducidos de alumnos en el West Riding. Sin duda, la discusión y la actividad política práctica de diversos tipos me estimularon a enfocar en una forma determinada los problemas de conciencia política y de organización.

Muchos lectores han observado que el libro está estructurado en una crítica de doble vertiente: por un lado, de las ortodoxias positivistas que entonces dominaban en las escuelas de historia económica más conservadoras, ortodoxias que últimamente se venden bajo el nombre de «teoría de la modernización»; por el otro, de una cierta ortodoxia «marxista», cuya influencia disminuía por aquel entonces en este país, según la cual la clase obrera era la creación, más o menos espontánea, de las nuevas fuerzas productivas y relaciones de producción. Algunos críticos pertenecientes a la primera opinión consideraron que el libro era escandaloso, e hice una réplica a algunas de sus críticas en un *postscriptum* a la edición de Pelican de 1968 —reimpresa aquí—, no porque piense que mi libro debe

estar fuera del alcance de la crítica, sino porque están implicadas cuestiones de principio importantes. Con respecto a las críticas de la segunda corriente de opinión, durante varios años he estado ocupado en una discusión continua de carácter más teórico, que ha culminado con la publicación de *The Poverty of Theory* (Merlin Press, 1978).[1]

No pretendo escribir un nuevo *postscriptum* que recoja los nuevos trabajos de la década pasada. Este libro ha tenido un recibimiento generoso y ha pasado a formar parte del discurso histórico; y sería presuntuoso juzgar y sentenciar a los otros investigadores, a la luz de mis propios hallazgos. Sin embargo, mi investigación seguía mientras este libro estaba en prensa —como atestiguaron las galeradas—; y al trabajar sobre la multitud y la conciencia tradicional durante el siglo XVIII, me he extendido y he revisado parte del material de los cuatro primeros capítulos. Entretanto se han publicado muchas obras nuevas e importantes, y otras muchas se encuentran en tesis o se publicarán próximamente. Se ha vuelto a reiniciar la investigación sobre la década de 1790, como se puede ver en la bibliografía del importante estudio del profesor Albert Goodwin, *The Friends of Liberty* (Hutchinson, 1979). Los papeles proféticos de Richard Brothers y Joanna Southcott han sido ahora ampliamente estudiados en la obra de J. F. C. Harrison, *The Second Coming* (Routledge & Kegan Paul, 1979). En el estudio sobre John Gast hecho por el doctor Iorwerth Prothero, *Artisans and Politics in Early Nineteenth Century London* (Dawsons, 1979), se hacen importantes revisiones y adiciones a mi descripción de los artesanos de Londres, la política radical londinense acerca de que la prensa ilegal «no ha encontrado todavía su historiador» está hoy superada por la existencia de dos estudios admirables: el de Patricia Hollis, *The Pauper Press* (Oxford University Press, 1970), y el de Joel H. Wiener, *The War of the Unstamped* (Cornell University Press, 1969).

Otras áreas siguen siendo más controvertidas. Quizás debería indicar también brevemente que sigo sin arrepentirme del tratamiento que recibió el metodismo; que, a pesar de las críticas, mantengo mi punto de vista con respecto a la existencia de una pequeña presencia jacobina «clandestina» durante los años de guerra; que los diversos trabajos del doctor Malcolm Thomis sobre el movimiento ludita no me han llevado a alterar mi propia interpretación, y que el estudio del doctor Duncan Bythell, *The Handloom Weavers* (Cambridge University Press, 1969),

[1] Hay trad. cast.: *Miseria de la Teoría*, Crítica, Barcelona, 1981. *(N. de la T.)*

parte del cual se estructura alrededor de la crítica al capítulo 9 de mi libro, me parece criticable tanto por lo que se refiere a los argumentos generales como en los asuntos de detalle. Pero seguir adelante con cualquiera de estas cuestiones exigiría una minuciosa y prolongada atención a los datos.

El trabajo de investigación y de crítica seguirá, y si he pasado por alto y no he mencionado obras importantes, sólo ha sido por miedo a convertir esto en una bibliografía. Sólo deseo señalar que, para su autor, las tesis más importantes de este libro son todavía hipótesis que, a su vez, nunca deben quedar petrificadas con ortodoxias.

Worcester, octubre de 1979